

tura logra ya en el siglo xv, es debida á un artista florentino, de nombre Simon, hermano de Donatello.

En las naves menores de San Juan de Letran hay una multitud de depósitos funerarios, y una coleccion de inscripciones, que bien merecen ser recorridos y estudiados por los amantes de la arqueología y de la historia: un volúmen grueso pudiera formarse con la explicacion, aun rápida, de aquellos monumentos de piedra, que guardan cenizas de varones, ilustres en santidad y en sabiduría, de aquellos epitafios y de aquellas fechas, que traen á la memoria sucesos prósperos y desdichados, dias de gloria y dias tambien de adversidad y de duelo. Desde el sepulcro erigido por Sergio IV (al comenzar el siglo xi) á la memoria de Silvestre II, que murió en 1003, y el del mismo Sergio IV, que murió en 1013, pasando por el de Alejandro III, que dejó su nombre unido al de un insigne concilio de Letran, hasta las modestas urnas sepulcrales, que cubren, puede decirse, el pórtico Leoniano (la nave gira detras del ábside), allí están los restos mortales de los purpurados, que fueron arciprestes de la Basílica, los de insignes canónigos y bienhechores de la misma, los artistas, que alcanzaron alto renombre, como Andres Sacchi, D'Arpino, Galilei, Teobaldo y muchos otros. La inscripcion latina, puesta por Morcelli sobre la tumba del Cardenal Rezzonico, en la capilla del Pesebre, pasa entre los doctos por modelo en este difícilísimo género literario. Las pinturas y las esculturas, que todavía se conservan en aquella parte antigua, y aun pudiera decirse primitiva, de la iglesia, como pertenecientes al siglo x, ofrecen un interes de primer orden para la historia del arte. Hay, pues, en San Juan de Letran, como en otras Basílicas de Roma, un conjunto tan imponente de grandezas antiguas y de primores modernos, que ni al espíritu cristiano más abstraído es dado prescindir de estos segundos, ni el viajero más indiferente y superficial puede pasar por delante de las primeras, sin sentir una emocion, que de cierto no producen los demas monumentos artísticos de Italia. La nave principal de San Juan de Letran, con sus estatuas colosales, con sus columnas y sus mármoles preciosos, sorprende y cautiva los sentidos: la parte

alta del templo, las naves pepueñas, la vieja capilla del coro, con sus frescos y sus sepulcros y sus inscripciones, despiertan otro orden de ideas, hieren poderosamente aquel sexto sentido, el sentido de la fe, que abre ante las almas humildes anchurosos y espléndidos horizontes, á que no alcanzan los sentidos corporales.

Saliendo de San Juan de Letran por el pórtico de Sixto V, se llega, á los muy pocos pasos, al Baptisterio de Constantino, á la preciosa capilla octógona, llamada tambien San Juan *in Fonte*. Hé aquí uno de los lugares más interesantes de la Roma cristiana: no es posible penetrar en él, sin que luégo al punto aparezca la noble figura del vencedor de Majencio, recibiendo las aguas de la regeneracion de manos del Pontífice Silvestre. Despues de tres siglos, en que los soberanos del mundo acumulan en su orgullosa capital inmensos caudales de agua para sus termas, montañas de mármoles para sus palacios, metales preciosos para los palacios de sus ídolos, un emperador, movido por inspiracion del cielo, construye una sencilla fuente y decora un templo reducido, de original arquitectura, que ha de sobrevivir á los pórticos y á los palacios y á las termas, un bello edificio octógono, que ha de servir más tarde de modelo al Bautisterio de Florencia, al de la puerta esculpida por Ghiberti, que Miguel Ángel creyera puerta digna del Paraíso, y al Bautisterio de Pisa, rico en mármoles y arabescos. Ocho columnas de pórfido, cuatro con capiteles corintios, las otras cuatro con capiteles jónicos, sostienen un fronton, sobre el cual se elevan otras ocho columnas de mármol blanco de menores dimensiones, formando los puntos de apoyo de la cúpula: en el centro está la fuente bautismal, especie de vaso de basalto verde, de forma oval, de cinco piés de longitud, con una magnífica cubierta llena de bajo-relieves y de preciosos adornos de metal dorado. Del lujo con que Constantino exornó este santo lugar de su nacimiento á la vida de la gracia, nos ofrece una idea muy exacta el erudito bibliotecario Anastasio, en la *Vida de San Silvestre*: láminas de plata, nos dice, en peso de 3.800 libras, cubrian interior y exteriormente la urna, del centro se elevaban dos columnas de pórfido, sobre las cuales habia

dos lámparas de oro, que pesaban 52 libras y que se alimentaban en las grandes fiestas con bálsamos olorosos de gran precio: un cordero de plata, de peso de 30 libras, arrojaba el agua al fondo, desde el borde de la fuente: á su derecha habia una gran estatua de plata del Salvador: á su izquierda otra estatua, tambien de plata, de San Juan Bautista: siete ciervos, del mismo metal, de 80 libras de peso cada uno, símbolos del alma sedienta de la gracia, arrojaban otros tantos raudales de agua, coronando con las otras figuras todo el cerco de aquella hermosa pila: un incensario de oro, de 10 libras, cuajado de piedras preciosas, dejaba escapar en blancas columnas de humo los más delicados perfumes de Oriente, que por primera vez se dilataban en un espacio diáfano y puro, no infestado por las emanaciones de la pagánica sensualidad.

No preguntemos hoy por el oro y por la plata, que la piedad de Constantino llevó á sus Basílicas y á su Baptisterio: los bárbaros han pasado más de una vez por todas partes: pero contra las invasiones y los estragos de las turbas y de los tiempos, ha prevalecido el perseverante celo de los Papas, que miraron siempre el Bautisterio de Constantino como un verdadero relicario histórico y artístico: ya en el siglo ix el Papa Adriano III lo reparó de los destrozos, que en una y otra invasión de las acaecidas en Roma habia sufrido. Adriano IV, el único Papa inglés (luégo veremos que hay cierta misteriosa correspondencia entre los destinos del monte Celio y los destinos de Inglaterra), hizo conducir el agua Claudia á servicio de la fuente bautismal de Constantino. Leon X, Paulo III y Pío IV aseguraron toda la parte alta y la cubrieron de plomo. Gregorio XIII rehizo el artesonado: Urbano VIII restauró y embelleció toda la capilla. Las paredes, que forman su nave única, están pintadas al fresco por artistas de la escuela romana. Mannoni, Maratta, Lamassei y Gemignani, todos del siglo xvii, reprodujeron allí con el pincel la batalla y victoria sobre Majencio, la aparición de la cruz, y otros asuntos que se relacionan con la paz de la Iglesia, debida al augusto neófito, sucesor de los Césares, al fundador del reposo, *fundatori quietis*, como se lee en el arco de Constantino.

Cuando en la mañana del Sábado Santo asiste el peregrino en aquel recinto, cubierto de flores y bañado por la tibia luz de la primavera, al acto solemne y tierno de administrar el bautismo á los adultos convertidos á la religion católica (espectáculo consolador que por fortuna no falta ningun año), la imaginacion traspasa rápidamente las fronteras de la historia y las murallas de los siglos, y se recrea en la contemplacion de aquel dia, en que no ya una cabeza, sino un imperio, no ya un imperio limitado, sino el imperio del orbe, se lavaba en aquella fuente para renacer á la vida del espíritu, para entrar en los caminos de la civilizacion.

Hay en el Bautisterio de Constantino dos pequeñas capillas, que no pueden ni deben pasar en olvido: quizá fueron dos habitaciones del antiguo palacio del Emperador: en la de la izquierda, dedicada á San Juan Evangelista, hay de notable la estatua de metal, que está en el retablo, entre dos preciosas columnas de alabastro oriental, y en la cúpula un mosaico, cuya antigüedad se hace subir al siglo viii, y en el cual se ve imitado el estilo de aquellos arabescos, que en tiempos de Rafael se descubrieron en las grutas de Tito, y que tanta estimacion alcanzaron entre los artistas. La capilla de la derecha, de San Juan Bautista, restaurada por Clemente VIII, ofrece, ademas de algunas de estas pinturas, llamadas *grotescas*, pero de época muy posterior (de Alberti Durant), la estatua de bronce del Santo en el altar mayor, entre dos rarísimas columnas de serpentino. Interesantes son tambien el oratorio de Santa Rufina y Santa Segunda, bajo cuyo altar se guardan los despojos mortales de aquellas Santas, y en cuya bóveda y muro hay un mosaico del siglo xii, y una pintura no más moderna, que representa al Salvador coronando á las dos siervas de Dios: y el oratorio de San Venancio, uno y otro pertenecientes al mismo recinto: este último, rico en reliquias de mártires, con un notable mosaico del siglo viii, que figura al Papa Juan IV y á su sucesor Teodoro I, fundadores de aquella modesta fábrica, hácia la mitad del siglo vii.

III.

El palacio de Letran, junto á la Basílica de su nombre, fué residencia de los Papas en el tiempo que media desde Constantino hasta la traslacion de la silla pontificia á Avignon: un incendio lo arruinó en los dias de Clemente V: convirtióse en ruinas el venerando recinto, donde se habian celebrado tantos concilios (cinco de ellos generales), donde habian tenido cumplimiento sucesos importantísimos de la disciplina general de la Iglesia y de la historia de la civilizacion europea: una mano poderosa lo levantó de cimientos: la mano de aquel Pontífice, que salido de la soledad y el silencio de un claustro, se mostró tan magnífico soberano, que á ser largos los años de su vida, en proporcion de la grandeza de su alma, hubiera restablecido, y aún superado acaso, la magnificencia de la Roma de los Césares. Sixto V, que trae á la Ciudad Eterna el agua Marcia á traves de un espacio de veinte y dos millas, que levanta los cuatro mayores obeliscos, que viera la antigüedad pagana, y las dos grandes columnas, sobre que aparecen dominando la ciudad y sus colinas las estatuas de San Pedro y San Pablo: el insigne y valeroso Pontífice, que lleva á término la Basílica de San Pedro, y deseca las lagunas Pontinas, y erige la gran capilla de Santa María la Mayor, y restaura los colosos del Quirinal, y abre nuevas calles y nuevas plazas, y protege la industria, y multiplica los establecimientos de caridad, y enriquece la Biblioteca Vaticana, deja tambien sobre el monte Celio, en la plaza de Letran, monumentos magníficos de su genio, de su munificencia y de su devocion: el palacio, la escala santa, el obelisco.

El palacio, sobre las ruinas del antiguo Patriarquo, con arquitectura de Domingo Fontana, tuvo vário destino en los siglos XVII y XVIII, hasta que en el actual dispuso el Papa Gregorio XVI que se colocaran en él los objetos de arte que

en el Vaticano ya no cabian, creando así un nuevo museo, que se llamó *Gregoriano*. Pío IX ha engrandecido admirablemente este depósito arqueológico, estableciendo una riquísima seccion de antigüedades cristianas, que toma ya, con razon, el nombre de *Museo cristiano de San Juan de Letran*.

Catorce salas ocupa y llena la coleccion, que pudiéramos llamar profana: seis son principalmente las que forman la coleccion cristiana; obra notabilísima de estos últimos tiempos.

La visita al museo cristiano de San Juan de Letran, despues de haber recorrido con mirada segura y espíritu atento las salas de escultura del Vaticano, sirve para completar un estudio estético de la mayor trascendencia. Si en la belleza arquitectónica no igualó el arte romano al arte griego, que el Partenon fué siempre el modelo adonde en vano aspiró á llegar el genio audaz de los arquitectos de la República y del Imperio; en la grandiosidad y riqueza de ornamentacion ciertos edificios de la Roma de los Césares, ni conocieron superior en los tiempos antiguos, ni han sido reproducidos en los modernos. El Coliseo y las termas proclaman aún esta verdad en el imponente lenguaje de sus ruinas. Monumentos ménos durables que los de la arquitectura, los de la escultura y la pintura, ofrecen un carácter, que admirablemente se armoniza con la marcha del espíritu y la evolucion de las ideas en la dilatada serie de los siglos. La exaltacion de la forma debia cesar á medida que se abren y alumbran los horizontes del espíritu. Con la pobreza, elevada á virtud por el cristianismo, con la austeridad de la doctrina evangélica, con la santa preponderancia de lo invisible, de lo incorpóreo, de lo sobrenatural, la idea de la belleza ha de buscarse en objetos más elevados que la figura humana, anatómica, material, desnuda, que constituye elemento muy principal de la estética griega: en la física del arte, como en la física de los cuerpos líquidos, á la mayor altura del manantial corresponde la altura del surtidor: el manantial de la inspiracion cristiana está mucho más alto que el de la inspiracion griega, por eso el nivel de las obras, que aquélla produce, se levanta hasta la cúpula de San Pedro, hasta el *Moisés* de Miguel Ángel y hasta la *Transfiguracion* de Rafael.

En los primeros siglos de la sociedad cristiana inútilmente buscaríamos gigantescas manifestaciones del arte, á la manera que las ofrece la civilizacion, que se derrumba. Como de una choza humilde de Nazaret salió la luz de la verdad, que habia de alumbrar al universo entero, así en el seno oscuro de las Catacumbas, regado con sangre y lágrimas de mártires y de confesores, brota la flor modesta del arte nuevo, destinada á llevar por todas partes y por todos los siglos el encanto de su aroma y la hermosura celestial de sus colores.

Tímida la arquitectura en los primeros tiempos, crea sólo el modesto oratorio ó confesion y la fácil Basílica; pudorosa en extremo la escultura, limitase á decorar los altares, los muros, las puertas y los sarcófagos: ménos resuelta aún la pintura, apénas se atreve á reproducir en la mansion de las plegarias ó en el recinto de la muerte, personajes y sucesos del Antiguo y Nuevo Testamento, y sencillos emblemas de la Bienaventuranza. Y sin embargo, para las tres nobles artes despunta la aurora de un nuevo y venturoso día: la gran revolucion, realizada en la esfera de lo verdadero y de lo bueno, tiene que cumplirse tambien en la esfera de lo bello. Pasarán los siglos: la luz del Nazaret irá extendiéndose de montaña en montaña, y de horizonte en horizonte; y salvará los mares y llegará á los más lejanos confines; y á la vez misma la flor de las Catacumbas irá creciendo, creciendo; y el viento llevará su semilla á todas las latitudes; y su perfume se percibirá en todos los pueblos: al santuario modesto, á la sencilla Basílica, sucederán los templos majestuosos, perenne gloria del arte ojival; la escultura, emancipándose del sarcófago y del muro y de la puerta y del altar, producirá estatuas, en las cuales, si no resaltan los primores de la anatomía, velados por vestiduras de anchos pliegues, refléjase la luz de otro cielo aún más diáfano y más puro que el de Grecia y el de Italia, imprimirá su expresion inefable el sentimiento de lo invisible y de lo eterno, dejaráse ver la sonrisa de la inocencia y de la castidad, que Praxitéles y Fídias no podian comprender, ó el dolor de un alma humilde y arrepentida, tan distante de aquel otro dolor, que se lee en la contraida faz de Laocoonte. La pintura

acudirá con fraternal solicitud á embellecer los templos y las catedrales y los cementerios, desenvolviendo en sus paredes, y luego en tablas y lienzos, las más interesantes figuras de la *Biblia*, desde las apacibles escenas de la vida patriarcal, hasta el triunfo de la muerte ó la escena sublime del juicio postrimero. Ciertó que llegarán días en que el espíritu humano, flotando por la densidad de muchos siglos, parece que quiera volar y posarse en aquellas edades paganas, que caen al otro lado de Constantino y aún al otro lado del Calvario; cierto que ha de venir una ráfaga, desde las tierras de Oriente, que traiga como efluvios de aquella vida griega y de aquella vida romana, que eran la exaltacion de la materia y el culto de la forma; cierto que al influjo de esa ráfaga va á *renacer*, que no á *resucitar*, un principio estético, que ya en su tiempo y sazón dió todos los frutos de que era capaz; cierto, en fin, que el *neopaganismo*, en letras y artes hablando la lengua de Homero y Demóstenes, arribará pronto á las hermosas costas de Italia, y se posesionará de Florencia y extenderá su dominacion hasta la misma Roma; pero ni la eficacia de esta nueva y extraña evolucion del ingenio humano es decisiva, ni logra nunca aquel temeroso desarrollo, aquel dilatado alcance, que muchos ponderan todavía con más buena fe que sólida razon: el ojo y la mano de los artistas parecen obedecer los preceptos de la escuela pagana: el alma, sin embargo, es cristiana. En aquella especie de liquidacion definitiva, que el mundo moderno hace de las bellezas y de los tesoros artísticos del mundo antiguo, trae á servicio de la idea cristiana los elementos paganos. ¿Los necesitaba, por ventura, la idea cristiana? No, seguramente. Pero los poetas y los filósofos habian evocado ya los sistemas y las fábulas de la muerta gentilidad: los artistas, en un órden ménos peligroso, hicieron tambien su llamamiento á las sombras y á las ruinas de Grecia y Roma. Ya en otra parte lo hemos dicho: ántes de que Miguel Ángel pintára en la capilla Sixtina, junto á los verdaderos profetas de Israel, las Sibilas, falsas profetisas del paganismo, y la barca de Charon en el *Juicio final*, habia escrito Dante su *Divina Comedia*. No son, pues, la pintura y la escultura exclusivas responsables del

giro, que en cierta época toman las manifestaciones del pensamiento humano, dado que el pensamiento mismo no se tuerce ni extravía, tanto por el influjo de las aficiones y de los estudios clásicos, como por obra de otro enemigo implacable (la Reforma), que trayendo en su seno el germen de todas las rebeliones, será obstáculo perpétuo en el camino de todos los progresos.

Para llegar á la más fácil y concluyente comprobación de estas sencillas verdades históricas y estéticas, no hay más que visitar las ruinas y los edificios monumentales, las galerías y los museos de Roma.

El de San Juan de Letran, á cuya puerta nos hallamos, merece, bajo este aspecto, muy detenida consideración. Allí han dejado escritas el arte pagano y el arte cristiano, páginas muy interesantes, cuyo estudio está al alcance de todos. En las salas del museo profano hay multitud de objetos preciosos de escultura, que se remontan á grande antigüedad, que revisten algunos los caracteres de la escuela clásica griega. No es posible enumerarlos todos; pero tampoco es lícito pasar en silencio los más notables. Posee el palacio de Letran los mejores mosaicos, que de la Roma pagana han llegado hasta nosotros: en la primera sala puede verse ya una muestra del famoso de los pugiladores, que perteneció á las termas de Caracalla: en el segundo piso y en el museo cristiano hay otros, de que deberíamos dar noticia.

La gran riqueza de estas primeras estancias, que recorreremos, consiste en los bajo-relieves, muchos de los cuales provienen de las magníficas decoraciones del foro de Trajano, y representan escenas de la vida ó de la mitología romana.

La estatua de Antinoo, encontrada en Palestina, forma el principal ornamento de la tercera sala: es una obra de escultura, que ofrece interés, más que por su mérito real, por la luz que da para la historia del arte en la época del emperador Adriano. Si no fuese un hecho averiguado la influencia del gusto egipcio sobre los artistas, que florecían en tiempo de aquel Emperador, entusiasta por los viajes y por la imitación de los extraños usos, bastaría para establecerlo y corroborarlo

la atenta observación de esta estatua, en que hay algo de la afectada gravedad de las estatuas griegas, algo de la fiera triste y sombría, que corresponde al dramático fin del favorito de Adriano.

Hállanse en la cuarta sala, entre otros curiosos monumentos, un bajo-relieve, que representa á Medea y las hijas de Peleo, excelente obra de arte griego; una estatua de Marte y una feliz reproducción del Sátiro, descansando, de Praxitéles: más adelante, pasado el corredor, se ve la magnífica urna Cineraria, con bajo-relieve, que figura una pelea de gallos: allí está el precioso ciervo en basalto, y la vaca en mármol blanco, copia acaso, ó imitación por lo ménos, de la tan celebrada de Myron.

Llámase de los Césares la sala que sigue, porque en ella se guardan ocho regulares estatuas de la familia imperial; seis de hombre, que representan Británico, César, Tiberio, Claudio, Druso y Germánico; y dos de mujer, atribuidas á Agrippina y á Livia: diríase que esta pequeña galería de mármoles romanos forma como la antecámara ó vestíbulo de la estancia, en que el aficionado á las artes puede recrearse con una obra maestra de los buenos tiempos del cincel griego: es la estatua de Sófocles, descubierta no há mucho en los alrededores de Terracina, y ofrecida generosamente al museo por el Cardenal Antonelli, en quien compiten la pericia para los grandes negocios de Estado y el amor inteligente á la clásica antigüedad. El Sófocles de San Juan de Letran es, sin duda, la mejor estatua retrato, ¿quién sabe si la única? que de tan apartada época posee la Roma moderna; su actitud natural y á la vez digna, la profunda expresión de su semblante, revelan bien al filósofo, que contempla desde la altura de su inteligencia la vanidad de las grandezas humanas, al poeta que lleva en su fantasía la grandiosa fábula de Edipo perpétuamente admirable y admirada: con el Sófocles de San Juan de Letran sólo es comparable el Aristides del museo Borbónico de Nápoles.

Á la escuela griega, quizá á un celebrado grupo de Myron, pertenece la linda copia de un Sátiro que danza, hallada recientemente cerca de Santa Lucía *in Selce* (region de *I Monti*),